

a una historia del discurso en que ya habían dicho lo suyo Platón, Goethe, Schopenhauer y Dostoievski, por ejemplo. Buena parte de sus teorías son relecturas de teorías inmediatas, como hacen estos psicoanalistas con los textos lacanianos y freudianos. Freud releyó a Charcot, a Reinach, a Lebon, a Tarde, por no citar las incontables fuentes literarias de su casuística, desde Sófocles hasta Thomas Mann.

Acaso, el mayor mérito epistemológico de Freud haya sido el intentar una lógica del discurso que sacara la psicología de la doble tentación que la desgarraba en la segunda mitad del XIX: hundirse en la oscuridad del alma y convertirse en una filosofía del abismo (el paradigma romántico) o construir una química del alma (modelo positivista). Personalmente, Freud era un sabio aficionadillo a la literatura, que pensaba como un darwinista y se entusiasmaba como un romántico. El espacio de transición es el lenguaje: se trata de aplicar a él un razonamiento químico (la descomposición por medio del análisis), sabiendo que la superficie de la palabra se monta sobre un espacio inaccesible (inconsciente) que, por lo mismo, produce el efecto de infinitud propio de la dicción imposible.

Lacan, por su parte, nos propone la siguiente paradoja: todas las tareas específicas del hombre son imposibles y el psicoanálisis, si sabe algo, no lo sabe de antemano. Quien lo ignora es el deseo, y esta ignorancia le permite seguir deseando y mantenerse vivo. Algo de lo que hacen las religiones: empujar hacia lo Otro, sabiendo que esa Alteridad Absoluta tiene un núcleo inefable, precisamente por ser sagrado.

La palabra no alcanza nunca un significado definitivo, ni el querer atina a circunscribir los límites de su objeto, ni lo que pedimos al otro lo tiene el otro, ni lo que nos piden lo tenemos nosotros, el sujeto es un mero quiasmo de palabras y la realidad es inaccesible. No sabemos lo que queremos y lo que sabemos no nos resulta deseable. Ahora bien: estos desencuentros diseñan caminos a los cuales es posible aplicar cierta inteligibilidad, a costa de cuestionarla incesantemente, es decir de no otorgarle nunca el Estatuto de la Verdad que inmoviliza el mundo en una homeostasis final.

Porque la muerte también está invitada a la fiesta. No sólo porque es el modelo de todos los límites, de lo discreto y mensurable, del «límite de clase» y la «entrada prohibida», sino porque es la fantasía de satisfacción total, que sólo es posible al dejar de desear, que es el morir. No los placeres, que siempre incitan a ser nuevamente satisfechos, sino el goce, la totalidad del disfrute que exige un objeto infinito, es decir mortífero. El *höchste Lust* que canta Isolda al morir.

De cuanto vengo divagando queda bastante claro que el psicoanálisis ha logrado escapar al peligro de convertirse en una ciencia, es decir en la religión del experimento y de la regla. Es un discurso abierto que proclama su necesidad de constantes aperturas y que, por ello, se parece más al discurso de la literatura, saber de lo incierto y significancia ufana y provisoria.

Me pregunto si, en otro plano, podría considerarse que el psicoanálisis es una ética. Esto lo insinúa Arruabarena (p. 140). No me refiero a una ética posicional, ética de facto que consistiría, simplemente, en decir: «Es bueno analizarse». Menos aún el definir la relación clínica como un vínculo simbólico entre un acreedor y un deudor, lo cual se grafica en el pago de la sesión (tema censurado por la teoría, ejemplo al caso

de que el psicoanálisis tiene, en su misma contextura, un almacén de anfractuosidades, de ésas que detecta en el mundo de las almas ajenas).

No. Me refiero a la meditación del psicoanálisis acerca del pecado original, es decir de la deuda simbólica que todo hombre tiene hacia los demás. La vida se nos impone por violencia: existimos porque a alguien se le ocurre que debemos existir, no porque lo decidamos nosotros. La vida se nos impone como un deber: debemos la vida. Y, puesto que ella es mortal, debemos también la muerte. Como decían los gauchos de aquél que había matado. Al querer vivir esta vida mortal, queremos morir y tenemos el deber de hacerlo.

Esta doblez del deseo (Eros es Tánatos) puede constituirse en punto de partida de una ética psicoanalítica. No me refiero a una ética concreta y preceptiva, a un código ético, a un repertorio de buenas maneras, buenas palabras y buenos sentimientos, sino a una investigación acerca de la «naturaleza» ética del hombre, ya que sabemos que el hombre es el único animal que es moral por naturaleza.

¿Qué tiene que ver el deseo con el bien? ¿Qué decimos cuando juzgamos que algo es bueno, es decir, qué deseamos decir al expresar ese *désir*? ¿Es la selección equívoca de objetos que practica el deseo un acto ético, puesto que escoger es desdeñar, o sea valorar? ¿En qué espacio del querer se sitúan los valores hacia los cuales se encamina un deseo que no sabe lo que quiere?

Cuando digo: quiero volver a donde nunca estuve, quiero llegar a ninguna parte, quiero decir lo indecible, quiero ser lo imposible, también diseño unos mandatos éticos, que me definen por la impertinencia entre deseo y objeto. Tal vez sea llegado el momento de pensar en esta moral de lo impracticable, que genera tantas prácticas, de este bien que todos queremos y que realizamos tan mal. Si el hombre es un animal imposible, ahondar en sus imposibilidades es humanizarse cada vez más, intensificar su ser, mejorar su *eidos*. Sí, el psicoanálisis, aunque no sea una moral, es una ética. Si no fuera más que para fundar esta conclusión, bastaría el mérito de este reading: señalar una nueva tarea a la ya centenaria costumbre de escuchar y descifrar.

**Blas Matamoro**

## Revisión de Salvador Rueda

Si se tiene en cuenta la relevancia que tuvo en su día la obra poética de Salvador Rueda, el olvido que sobre ella ha recaído puede parecer sorprendente. Pero si se examina con más atención la circunstancia, el hecho resulta perfectamente explicable, en coherencia con los usos y los modos de nuestra vida literaria. En ella es normal el repetir

las mismas opiniones sin que nadie se tome la molestia de comprobar si se corresponden con la realidad. Y sucede que en el caso de Rueda, como estas opiniones le eran adversas, su causa parecía ya sentenciada.

Un crítico tan poco convencional como Cernuda, es quizá quien de manera más expeditiva ha venido a cerrar toda posible revisión al afirmar que Rueda, sin actualidad y sin resonancia, sólo mantiene un interés histórico. Por su parte, el profesor Cuevas, que ha preparado la extensa antología<sup>1</sup> que hoy comentamos, tras un estudio muy cuidadoso y ponderado, disiente de la opinión de Cernuda, estableciendo que no cree en absoluto que Rueda sea un poeta arqueológico e inactual.

Antes de proseguir quizá convendría dilucidar en qué consiste la «actualidad» de un poeta o de una poesía. ¿Se mide ésta por el veredicto de los doctos? ¿Es el interés de los lectores el que la acredita? Más bien parece lo primero, dado el escaso público que tiene la poesía en nuestro país.

Con esta aclaración queda a su vez determinado el alcance de esa actualidad, que tiene siempre una manifestación muy específica y restringida. Sobre todo si se trata de un poeta ha tiempo muerto, sin herederos influyentes y sin significado político alguno. Por ello, debemos ser sinceros y reconocer que cuando un poeta de estas características obtiene algún tipo de actualidad, ésta es más «proclamada» que efectiva. Pues se reduce, en realidad, a una cuestión de profesores y eruditos, con una eventual prolongación protocolaria. Y ya podemos darnos por satisfechos si los manuales rectifican en algún punto los consabidos tópicos y los profesores sus consagrados estereotipos. Así que el tema de la «actualidad» no debe magnificarse más.

De todos modos debe indicarse que Rueda era objeto de un olvido injusto. Nada se editaba de su obra, y por ello ni siquiera los lectores —si es que un poeta los tiene— podían hacerle justicia. Es cierto que esta poesía ofrece hoy dificultades para ser aceptada, por su lejanía de los gustos actuales. Y es por ello por lo que su apreciación exige un camino de acercamiento, algo así como un método. Por consiguiente, nada más sencillo que partir de una aseveración tautológica, pero operativa. Y esta tautología consiste en aceptar que la poesía de Salvador Rueda no puede ser otra cosa que la poesía de Salvador Rueda, y conforme con esta identidad debe ser juzgada. Hay, pues, que valorarla por lo que en ella se nos ofrece, y no comparándola con la de otros poetas. Abordarla con los criterios y prejuicios que caracterizan a lo que Anderson Imbert denomina el «método dogmático», es decir, con la actitud de aquellos críticos que «juzgan con un criterio ya establecido, inflexible y autoritario», puede conducir al rechazo de esta poesía de una manera totalmente incomprensiva. Tal vez en este caso fuera de alguna utilidad que el lector practicara ante ella una especie de «epojé», tal como lo recomendaban los fenomenólogos, olvidando por unos momentos lo que poco o mucho que pueda saber acerca de este poeta, y se disponga a leerlo sin prejuicios. Necesariamente, el lector procederá a seleccionar entre los poemas que el profesor Cuevas ofrece ya seleccionados, pues pocos poetas como Rueda exigen la antología. Su abundancia nos desborda y su aparente facilidad opera en contra del propio poeta.

<sup>1</sup> Canciones y poemas (Antología concordada de su obra poética). *Selección, texto, ensayo introductorio y notas de Cristóbal Cuevas*. CLI + 1.050 páginas. Fundación Areces, 1986.